



Dib. TONO.—Madrid.

—Bueno, le daré los diez duros; pero me los tiene usted que pagar religiosamente.
—Bien; démelos y que Dios se lo pague.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

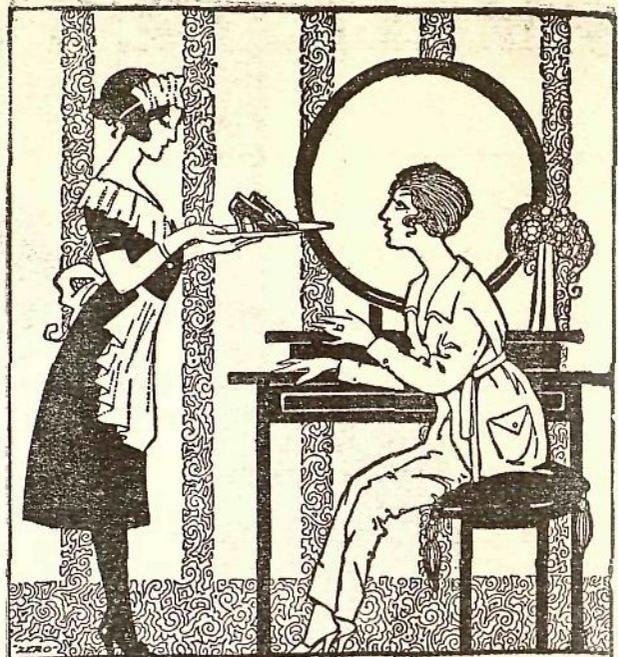
Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN

correspondiente al núm. 155

de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

13.—Para Carnaval.

NOTA

NOTA

III — N

14.—Un plato.

STAR — NOTA
NATURAL DE CRIPTANA

LOS

famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEVER Y COMPAÑÍA

SON

infalibles para la destrucción de toda clase

: :: de insectos :: :



SOMBREROS BRAVE 6 · MONTERA · 6

15.—Ni ve, ni oye, ni entiende.

—No sé por qué molestas a Braulio con ese *prima-tercia*.

—Porque me río como *prima-prima* cuando se incomoda al decirselo.

—*Tercia-prima* por tres narices, no te creas...
—Pues yo *segunda*, porque no soy un *todo* como tú.

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de noviembre.

16.—De zoología.

SEIS SEIS SEIS CERO

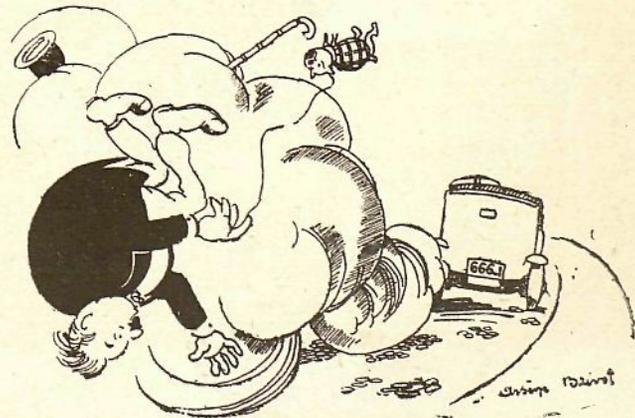
17.—En la tripita.

DE TIPLE Y TENOR 500 HIERBA SIN HACHE

18.—Una actitud.

El señor R coloca a Su EXCELENCIA dentro de unas vasijas.

Preparamos un estupendo número almanaque de BUEN HUMOR
52 páginas, una peseta



EFECTO DE ÓPTICA

EL ATROPELLADO. —
¡Corre, corre!... Ya sé que tienes el número 1.999.

(De Pêle Mêle, Paris.)



Un detalle

que creemos de poca monta, influye a veces sobremanera en el aspecto personal. Nos fijamos en la blancura impecable de la camisa, en el cuidado lazo de la corbata, en la elegancia y pulcritud del traje... Pero más importancia tiene el estar bien afeitado. No basta ser limpio; hay que parecerlo. Use usted siempre

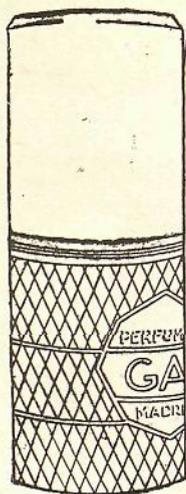
JABÓN GAL PARA LA BARBA

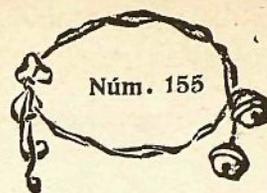
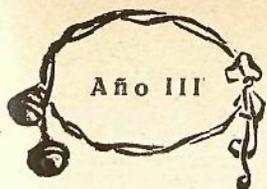
No tendrá pereza para afeitarse porque podrá hacerlo bien y rápidamente, con suavidad y sin molestia. La abundante espuma que forma en el acto y no se seca en la cara, ablanda en un minuto la barba más dura y convierte el afeitado en una operación sencilla y agradable.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

DESCONFÍE USTED

de quien le ofrezca los productos de la Perfumería Gal a precio más reducido. En todos los comercios de España, Baleares y Canarias, se venden a los mismos precios que en sus tiendas de Madrid y Barcelona. Es lógico sospechar de quien renuncia al modesto margen de utilidad en la venta





LOS VULCANOS MODERNOS

O

¡ANDA QUE TE PARTA UN RAYO!



A Prensa, que no sabe guardar un secreto, lo ha referido recientemente.

Míster—dejadme que me enjuague con un diccionario—Grindell Matthews ha inventado un aparatito, que lanza un rayo violeta, cuya característica — característica dramática, claro es—consiste en hacer puré a cualquier ciudadano a una distancia mucho más respetable que el general Weyler.

Y un americano, míster Reginal Gouraud, decidido a contrarrestar los trágicos efectos del invento de su colega, ha tenido el acierto de inventar otro cacharrito que despiende un rayo capaz de atravesar paredes más espesas que una «menegilda» de la Alcarria y que, una vez atravesadas éstas, convierte en sustancioso caldo cualquier metal colocado a diez pies, de buen tamaño de distancia.

He aquí dos rayos que tienen en constante alarma a los respectivos compañeros de los inventores. Por que como a míster—¡ahí va eso!—Grindell Matthews y a míster Reginal Gouraud, les dé por picarse y banderillearse y toquen a matar para hacer pruebas, el censo electoral y el de población de ambas naciones van a sufrir un descenso más rápido que el de la bola de Gobernación.

La diferencia entre ambos inventos—al decir de un carpintero científico, amigo mío, que construye aparatos de radiotelefonía desde 0,45—radica en la opuesta orientación de sus inventores. Mientras—¡tengan la bondad de agarrarse!—Grindell Matthews perfecciona su rayo para la guerra, Gouraud aplica la potencialidad del suyo para combatir las enfermedades. ¡Ya lo supusimos nosotros cuando nos enteramos de lo

del caldo!... ¡Para enfermos tenía que ser!... Y he aquí a la libre América dando una lección de humanitarismo a la pérfida Albión. No nos pilla de sorpresa, porque siempre hemos tenido un deplorable concepto de los ingleses, de los ingleses sin rayos violeta; conque ahora tómense ustedes la molestia de hacerse un ligerísimo croquis...

Asegúrase que a míster—¡rediez!—Grindell Matthews, el de los rayos para matar, le han salido una barbaridad de clientes. Así lo relata el gran diario londinense *The Camlet* en el suelto que tenemos la cultura de traducir a continuación:

«El domicilio particular que el famo-

so inventor del rayo violeta, míster Grindell Matthews posee en Midwifstreet, se ve extraordinariamente asediado por gentes de todos los países —en su mayoría asesinos profesionales—que acuden con ánimo de comprar el terrible secreto del genial inventor. Los visitantes apelan a todos los medios para conseguir su propósito audaz, habiéndose visto obligado en diferentes ocasiones el famoso hombre de ciencia a tener que salir hasta el portal con el rayo en la mano para ahuyentar a los obstinados compradores. La otra tarde se presentó al ilustre inventor, con el audaz propósito de adquirir la patente del invento, un su-

jeto muy joven, de faz casi añiada, lampiño y de poca estatura, haciéndose pasar por español. Afortunadamente para míster Matthews, éste pudo descubrir, en uno de los movimientos de cabeza que constantemente hacía su visitante al mostrar sus vehemencias por el deseo de aprender a matar pronto y bien, que de su occipucio arrancaba una trenza, cuya punta se ocultaba tenebrosamente entre el resto del pelo. ¿Se trataría del misterioso y terrible enviado de alguna espantosa organización secreta china?...

¡No! Tranquílcese *The Camlet* y el famosísimo inventor de Midwifstreet.

Nosotros, deductivos por exigencias de nuestro natural peliclesco y alcoriciano, hemos hallado la clave.

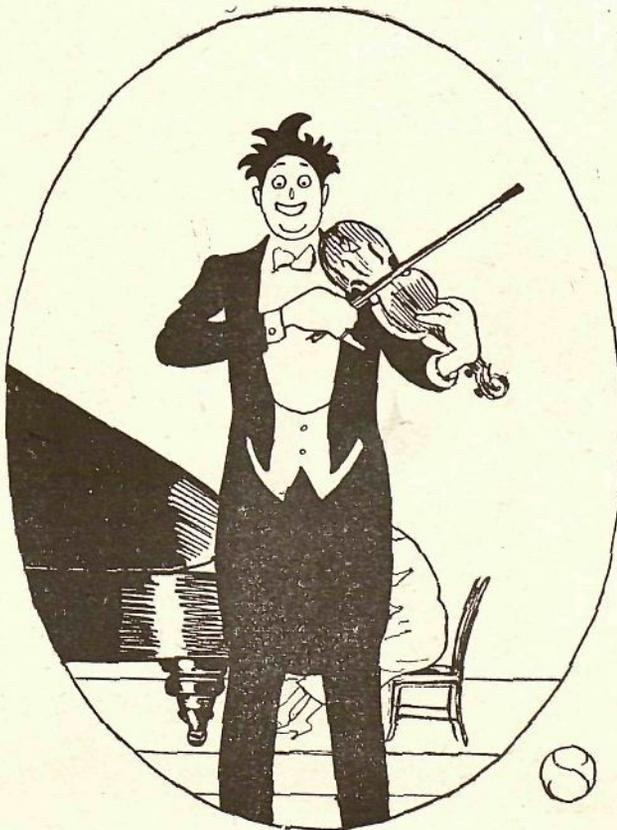
¿Un sujeto lampiño, de poca estatura, con pelos en el occipucio y muchas ganas de aprender a matar?

No era ningún conspirador chino.

¡¡Cal!

¡¡¡Era Chicuelo!!!

FRANCISCO RAMOS
DE CASTRO



Dib. SILENO.—Madrid.

GALERÍA PINTO RESCA ¡ A M Í M I S M O !

X

Ya que nadie te dedica
ni un mal verso ni un tardío
consonante,
de sobra se justifica
el que a tu ingenio... y al mío
hoy le cante.

Despierta tu mente obtusa,
y dime en versos rípidos,
sin rodeos:
¿Qué fué de tu alegre Musa?
¿Qué fué de aquellos graciosos
chicoleos?

Qué fué de aquella modista
que, prendado de su talle
y belleza,
la seguiste con la vista
desde lo alto de la calle
de Hortaleza?

¿Qué ha sido de aquel cabello
negro, rizado y brillante
que tenías?

¿Que ya no te acuerdas de ello?
¡Pues bien gentil y arrogante
lo lucías!

¿Qué fué de tus limpios dientes,
envidia, por su blancura
nacarada?

¡Hoy, si te miran las gentes,

no te encuentran dentadura...
ni prestada!
¿Qué fué del *chaquet* obscuro
y el *smoking*, que empeñado
lo vi un día...;
aunque no estoy muy seguro
de que los hayas pagado
todavía?

¿Qué fueron de tus bravatas
y de tus fieros desplantes
juveniles,
cuando hoy te asustan las ratas,
y se te antojan gigantes
los reptiles?

¿No es cierto que el contemplar
tu presente desgraciado
da dolor,
y nos viene a confirmar
que *cualquier tiempo pasado*
fué mejor?

En nuestra vida azarosa
corriste a todo correr,
con alarde,
y en tu carrera furiosa,
al quererte detener...,
¡ya era tarde!

En ella, con *desconsuelo*,
dejamos nuestra alegría,
imprudentes;
y hasta perdimos el pelo,
la fortuna, la energía...
¡y los dientes!

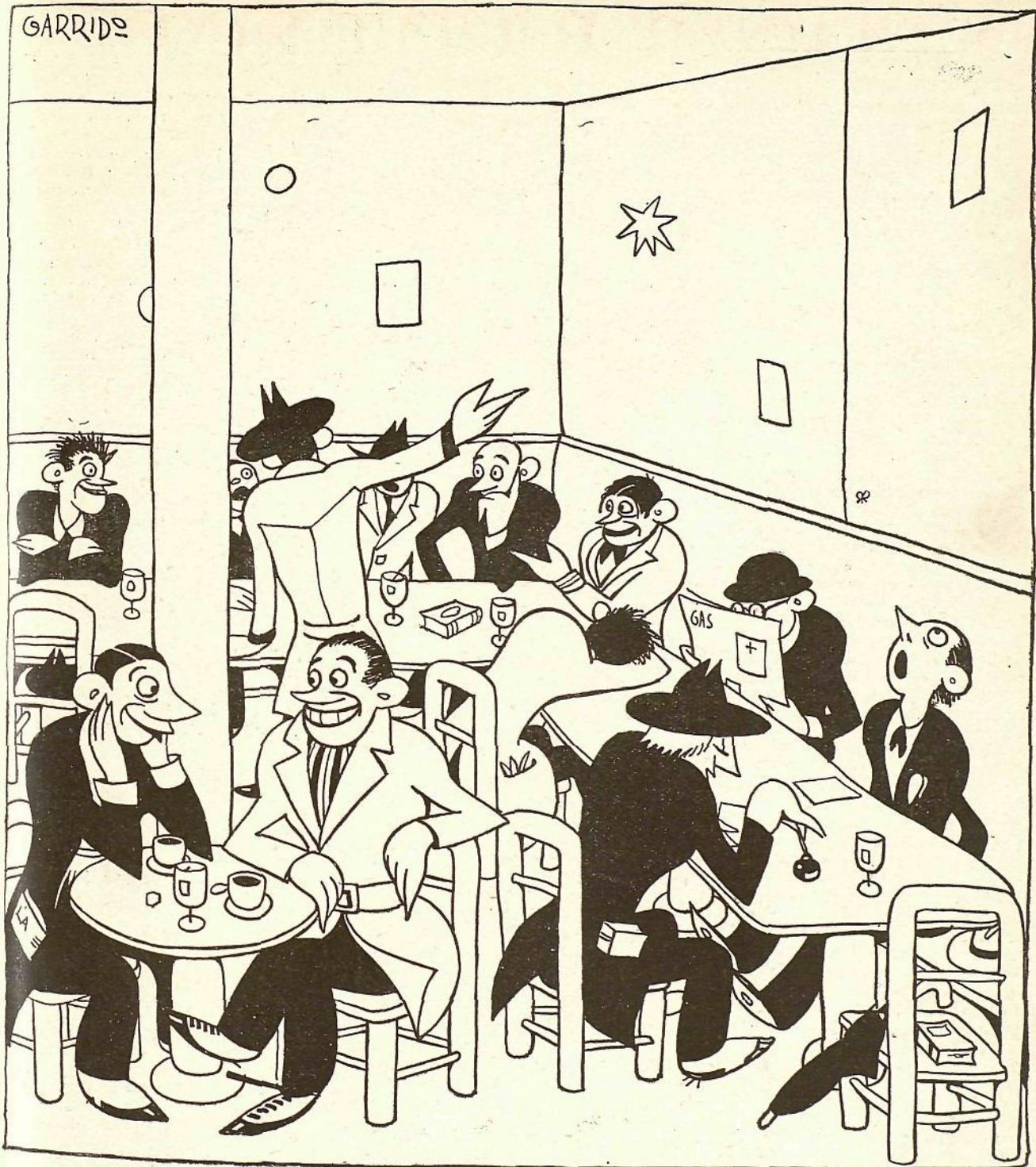
Mas consuélete si al veros
los de a, er en un colmado
o ambigü,
ves que están tus compañeros,
el que menos, averiado...
¡más que tú!

FIACRO YRAYZOZ



—Pero, hombre: ¿Quiere usted ser actor cinematográfico y no sabe escribir?
—¡No creo sea eso un obstáculo!... ¡Yo no sé escribir pero sé filmar!

Dib. PADILLA. —Madrid.



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Dicen que de esta peña han sa-
lido grandes artistas...

—¡No hagas caso! ¡De una peña no
pueden salir más que adoquines!...

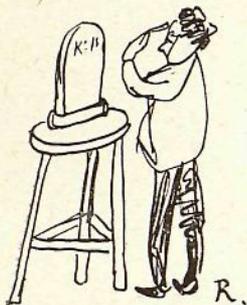
RAMONISMO

TRÍPTICO

El escultor de los postes kilométricos

No está bien dicho, pero no podía ser tan largo el título que dijese «el escultor de los postes que marcan los kilómetros».

Este escultor es un escultor de am-



plísima inspiración, la inspiración más larga que se conoce.

Está subvencionado por el Estado y hasta tiene medallas honoríficas.

El autor de los monumentos a los kilómetros les da fisonomía y no hay nada que complazca tanto como encontrarse una de esas esculturas que revelan que ya estamos más cerca, que el que hemos andado no volveremos a andarle.

El escultor de los kilómetros es uno de los hombres que más trabaja, y lo más notable de su trabajo es que trabaja de memoria.

Yo, que le trato, le presento con toda clase de requirimientos a los amigos:

—Aquí les presento a ustedes al célebre autor de los mil y pico de kilómetros de la carretera de Coruña y de los kilómetros de la carretera de Barcelona...

Esas esculturas de los kilómetros son las únicas que custodia la guardia civil y dedicados en las carreteras a que no se nos lleven los kilómetros y permanezcan en su sitio.

El simoun de las puertas giratorias

Este hombre optimista del invierno —ser optimista del verano es más fácil— entra en los cafés tan raudo que

provoca una catástrofe aérea con su precipitación al dar a las puertas giratorias.

Como viento rudo que mueve en torbellino las aspas de un molino, el joven optimista hace voltejar la puerta giratoria y la desgozna, dejándola en movimiento para un cuarto de hora.

Lo peor es cuando pilla a alguien entre los compartimientos de la puerta y lo deja turulato y como depositado en esas jaulas de los mirlos que son una estrella polifacética que da vueltas. Se ve al precipitado en la vorágine,



que se mueve como pez asustado en una pecera, y sale despedido en emisión rápida y con aire de quien ha sido tirado por la escalera.

El hombre optimista, que convierte en una perinola la puerta giratoria, deja sembrado de viento y rubricados de estornudos el café en que ha actuado de dinamo desbozado.

La familia que se pesa en blok

Una de las cosas más divertidas que se conocen es ver pesarse a una familia por lo que cuesta una sola pesada de una sola persona.

La familia se convierte en familia de circo como por sabe mantenerse en

equilibrio sobre el estrecho pedestal. El número resulta admirablemente compuesto, y tiene un momento de suspensión y pánico cuando ya, conseguido el emplazamiento de todos, se necesita una mano que eche los diez céntimos por la ranura.

Nadie había contado con ese momento y todas las manos son necesarias para apretar el grupo. Además, si sólo fuese sacar una mano, pero el caso es sacar la perra del bolsillo y después echarla.

El marido, viendo en peligro la estabilidad, ruega a su mujer que le saque del bolsillo de la izquierda una moneda de diez céntimos y la eche en el sensible reloj del peso.

La esposa cumple su cometido y la manilla comienza a dar vueltas sobresaltada, empavorecida, en huída del peso horripilante que tiene que marcar. Hay que contar las vueltas y sumarlas después, añadiendo la fracción en que se para la flecha.

Este sistema tiene el inconveniente de lo difícil de la operación y de que si bien se llega a saber lo que pesa la familia, es un problema saber lo que pesa cada uno.

El sistema más práctico, y que yo recomiendo, es que suba uno, eche los diez céntimos y después vayan subiendo los demás y apuntando la diferencia que marca la balanza entre peso y



peso. La balanza marca bien de menor a mayor, siendo lo contrario lo que la hace pararse, negarse a seguir pesando y desandar su camino.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.

¡Ya verá usted! El número almanaque de BUEN HUMOR va a ser algo maravilloso. Los mejores escritores, músicos y dibujantes. ¡52 páginas!

CABALLERO...

—... Usted, que me parece persona inteligente y bien informada, sin duda ignora el último éxito de mi hermano, el doctor Sacadura, de la Facultad de Massachusets, y voy a contárselo detalladamente.

El día 28 de febrero último, a las ocho de la mañana, me vi atacado de una rápida y terrible infección que a las veinticuatro horas determinó mi muerte, es decir, que el día 29 siguiente, a las ocho de la mañana, *me morí*. Aunque sea inmodestia, debo decir a usted que tuve unos últimos momentos verdaderamente edificantes. Mi familia toda rodeaba el lecho del dolor, es decir, toda mi familia no: faltaba mi hermano, el doctor Sacadura, de la Facultad de Massachusets.

Mi primo, el ingeniero Gabardñez, que, profundamente emocionado, había asistido a mis edificantes últimos momentos, fué el encargado de enviar la triste noticia a mi hermano el doctor Sacadura, de la Facultad de Massachusets. Valiéndose de la estación radiotransmisora de bolsillo de que mi primo Gabardñez es inventor, lanzó desde el balcón la triste noticia a través de la atmósfera. Mi primo, el inventor Gabardñez, es hombre de ciencia a quien le gusta expresarse con la exactitud matemática de los hombres de ciencia; y teniendo en cuenta que, dada la configuración esférica del globo terráqueo y su consabido movimiento rotativo de derecha a izquierda, el 29 de febrero por la mañana en Chamberí (barrio en donde me fuí al otro), no era aún sino el 28 por la noche en el Pacífico (hora de Massachusets), transmitió, con honda de 755 metros y medio un despacho así concebido: «Al doctor Sa-

cadura de la Facultad de Massachusets. —Massachusets.—Tu hermano Baudilio fallecido mañana 29 a las 8.—Gabardñez.»

No quiero entrar en minuciosos detalles para contar a usted, caballero, la impresión que a mi hermano, el doctor Sacadura, de la Facultad de Massachusets, cuyos delicados sentimientos tan bien usted conoce, produjo la triste noticia. Pero dominó su emoción y consultó su magnífico cronómetro, de la Casa Remontoir & C.º y comprobó que sólo eran las 22,55 del 28 de febrero. Aún podía, pues, llegar a tiempo. Además, se le presentaba la ocasión de hacer la prueba en su aeroplano del nuevo carburador Sacadura, de su invención, que debía multiplicar por X la velocidad del motor.

Montó en su aparato, provisto del carburador Sacadura, de su invención, y de su inseparable botiquín. Volvió a consultar su magnífico cronómetro, marca Remontoir & C.º: eran las 25,04 y... se lanzó a todo motor por el espacio con dirección a España, vía Bombay-San Feliú de Guixols, pasando por el Estrecho de Bonifacio.

La aeronave adquirió inmediatamente, gracias al nuevo carburador Sacadura de que iba provista, una vertiginosa velocidad y, como ya de intento, iba lanzada con dirección a Occidente, pudo comprobar mi hermano, el doctor Sacadura, de la Facultad de Massachusets, que ganaba tiempo sin cesar; es decir, que si salió del aeródromo de Massachusets a las 25,04 del 28 de febrero, al pasar sobre Honolulu sólo eran las 18,52; sobre Yu-Nan-Fú, su magnífico cronómetro, marca Remontoir & C.º, señalaba las 12,57 y cuando

llegaba a las proximidades de Alcalá de Henares, eran las 6,48 y el sol aun no había salido en Madrid, en donde comenzaba a clarear la luz del nuevo día 28 de febrero. Esto es el abecé. Caminando a aquella velocidad, y en sentido inverso al de la rotación de la Tierra, había ganado diez y seis horas con cincuenta y seis minutos. La vieja y tan popular teoría había sido una vez más confirmada por la práctica.

Mi hermano, el doctor Sacadura, de la Facultad de Massachusets, aterrizó en la terraza de mi casa —que es la de usted—, a las seis treinta del día 28 de febrero, es decir, una hora y media antes de que yo fuera atacado por la terrible infección que debía llevarme a la tumba fría el 29 de febrero a las ocho de su mañana, a tiempo para inyectarme uno de los maravillosos sueros por él descubiertos, evitando de esta forma mi enfermedad y mi consiguiente inevitable fallecimiento, que ya no tuvo lugar por el momento, ni espero que se reproduzca en muchos años.

Fíjese, mi querido señor, en este rotundo éxito del carburador Sacadura, cuyo módico precio de 57 pesetas con 65 céntimos lo pone al alcance de todos los aviadores. Con mucho gusto ofrezco a usted su casa en Fuencarral, 558, donde encontrará dicho acreditado artículo, así como los magníficos cronómetros marca Remontoir & C.º y los sorprendentes radioteléfonos Gabardñez, a precios sin competencia, verdaderamente inverosímiles.

Loor a la ciencia.
Beso a usted la mano.

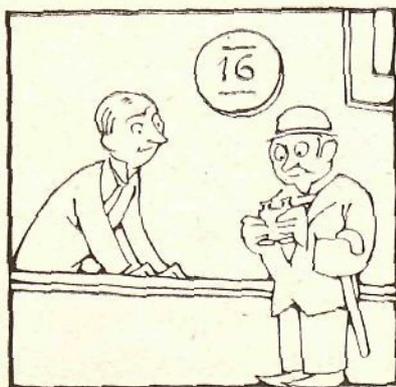
FRANCISCO RAMÍREZ MONTESINOS

LOS GEMELOS MARAVILLOSOS

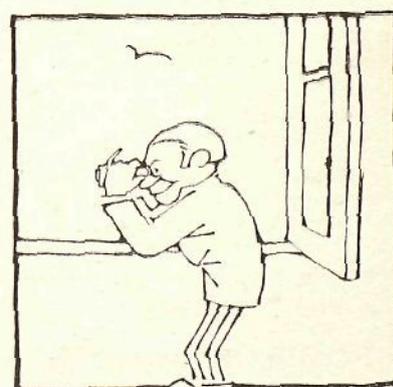
HISTORIETA
POR BARBERO



1. ¡Qué lástima!... Con este cacharro y desde estas alturas, no se aprecia ningún detalle. Compraré unos buenos prismáticos.



2. Se lleva usted una verdadera ganga. No los hay mejores por ese precio.



3. ¡Bien! Acercan bastante, pero no tanto como yo quisiera. Apenas distingo a la rubita de la esquina. Compraré otros más potentes.

MI AMIGO EL ACCIONISTA

No hubo vacilación por mi parte, pero, de haberla habido, mi amigo se bastaba para vencerla.

Me empujaba de un brazo, hasta que me hizo subir los escalones de un autobús que se había parado delante de nosotros.

Luego, arriba, sentados dentro del coche, me explicó. Por una casualidad—estas cosas suceden entre nosotros demasiado casualmente y con rara frecuencia—mi amigo tiene unas pesetas empleadas en acciones de la Compañía de autobuses.

No sé cuántas son las pesetas ni cuántas las acciones. Me pareció impertinente preguntarlo. De todos modos, siempre he considerado que el plural comienza demasiado pronto. Esto de que el dos ya sea plural, tan plural como el setecientos, se aplique a lo que se aplique, me resulta desproporcionado. El singular debía llegar hasta el diez, por lo menos, o se podría establecer del dos al cien un número semiplural, que rellenase un poco tan enorme diferencia.

Pero volvamos al autobús, que ya está en marcha.

Me senté de golpe sobre el asiento. Esto es una mala costumbre, sobre todo para los asientos; pero estoy decidido a no corregirme de ella, como lo estoy de no hacerlo de mis demás malas costumbres.

Mi amigo torció el gesto, como si me hubiera visto comer con los dedos, pero no me dijo nada.

En seguida dediqué yo toda mi actividad, mientras tarareaba un aircillo de opereta, a rayar con una uña el marco de madera de la ventanilla.

—No haría falta rayar la madera—dijo mi amigo—. Es una buena madera, y con ese trato acabará por estro-

pearse. Si te mordieras las uñas, como yo hago, no tendrías necesidad de rayar las cosas con ellas.

Dejé al momento de rayar la madera, para dar con el bastón al asiento vecino.

—Tampoco veo la necesidad de golpear los asientos—dijo gravemente.

Empecé a jugarle con la cortina de la ventanilla.

—Acabarás por estropear esa preciosa cortina. ¿No puedes estarte quieto?

Yo, naturalmente, no podía estarme quieto. Pegué la nariz al cristal de la ventanilla y miré a la calle. Me hacía el efecto de llevar gafas.

También tuvo mi amigo su protesta para este sencillo pasatiempo:

—Se mancha el cristal. La nariz es uno de los artefactos más inútiles, y, además, está siempre llena de grasa. ¿Ves? Se ha manchado el cristal. ¿Qué necesidad tenías de manchar el cristal?

Sacó un pañuelo de su bolsillo, y, con mucho cuidado, alentando sobre el cristal repetidas veces, limpió la huella de mi nariz.

Crucé una pierna sobre otra, y unas veces daba con la pierna de arriba unos golpes en la pared del carruaje, y otras, con el pie de abajo, levantaba el tacón y lo dejaba caer después acompasadamente.

—Pero, ¿ni un momento te estarás quieto?

Aquí acabó mi paciencia. Puse el peor gesto de enfado y contesté:

—¿Tampoco dejarás tú de importunarme? ¿Crees que es tan fácil estarse quieto? Además, no he hecho nada que merezca esas reconvencciones tan agrias. Hago lo que todo el mundo hace en estos sitios, ni más ni menos.

MI AMIGO SE ENTRISTECIÓ.

—¡Haz lo que quieras! Así, luego los

coches se ponen hechos una mugre. Y tendremos que comprar otros... Os creéis que las cosas no cuestan dinero, o que por diez céntimos tenéis derecho a un trayecto y a dos deterioros.

Un pequeño transeunte, de esos pequeños transeuntes que tardan dos horas en llevar un continental y que se paran en todos los escaparates, dió al autobús con un palito que llevaba en la mano. Apenas se percibió el golpe entre el fragor del carruaje; pero mi amigo le había visto comer el atentado, y levantó el cristal para insultarle mientras nos alejábamos de él. El pequeño transeunte tuvo la prudencia de no tomar en cuenta los acalorados conceptos que mi amigo vertió sobre su honorabilidad y la de su familia.

Mi amigo se reintegró al asiento.

—¡Falta de educación, y nada más que falta de educación! El público no tiene educación ni consideración. Tú, bien podías no sobar ese agarrador. En seguida se le va la pintura.

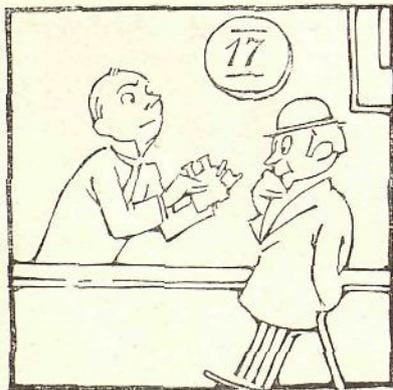
No quise contestarle, porque le veía muy exaltado. Me metí un dedo en la nariz. Es lo menos que podía hacer, por no molestar a mi amigo, a pesar de tener experiencia de lo arriesgado que es meterse un dedo en la nariz cuando se va en automóvil. Al primer descuido o al primer bache, se introduce uno hasta la segunda falange.

—No te metas el dedo en la nariz, ni seas cochino. Luego, todo queda en el coche.

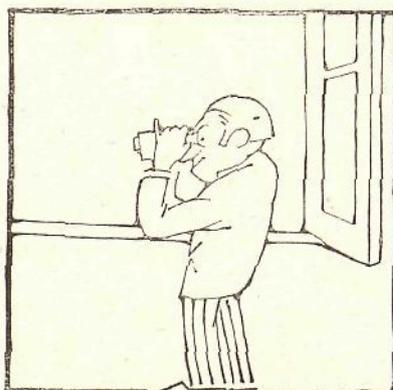
Después se dirigió a otro viajero, que no teníamos el gusto de conocer.

—¡Y usted, bien podía haberse limpiado los pies antes de subir! ¡Hay que ver cómo ha puesto el suelo de barro! Se dirigió a otro viajero, y con la misma indignación:

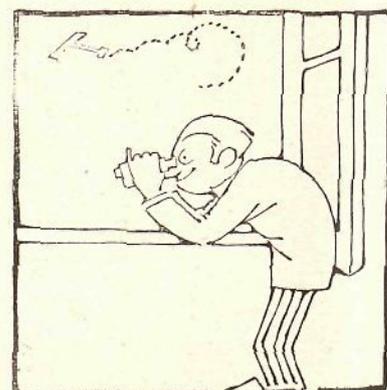
—Esa correa es para sujetarse, pero



4. Con este binóculo de prismas averigua usted por qué se rasca un sujeto situado a tres kilómetros de distancia.
—¿Será posible?



5. ¡Azúcar! ¡Es admirable!... ¡Estoy a tres metros de la vecinita!



6. Acerquemos el foco un poco más. ¡Ajaja! Así se pueden contar las pestañas: una, dos, tres. ¡A ver si con otra vuelta de roscal...

¡PÍCARAS ERRATAS!

I

Di público testimonio
(en unos sencillos versos)
de gratitud a una dama,
y así me los compusieron:
«El te a que yo tuve el gusto
de asistir, bella Remedios,
en la tarde del domingo,
ciertamente fué estupendo.
Puedo a usted asegurarle
que de aquel feliz momento,
en lo más hondo del alma
guardaré grato *recuelo*.»

II

¿No ha escrito el cronista Blas
que la hija de Más, Inés,
en *Salas* se encuentra? Pues,
si ves el suelto, leerás
que está la niña de Más
en *Salsa*, desde hace un mes.

III

En cierto periodicucho,
y en su sección teatral,

he leído no hace mucho
este lapsus garrafal:
«A la actriz Pilar Acacio
(que le saca a Dios de quicio)
van a darla un *bonifacio*
(por decir «un beneficio»).

IV

En otro papel, un día
yo hablaba de mi costumbre
de viajar, y el descuidado
del cajista Luis Regúlez
puso: «Andando en las pequeñas,
aldeas, que no me busquen.
Siempre me verán las gentes
andar en las grandes *ubres*.»

V

Errata en una novela.
Es el día de San Juan,
y Juan dice a su Manuela,
suponiendo los que irán:
—«Aunque son personas gratas
Pepita, Lola y Senén,

conque les des cuatro *patas*
y un trago, quedas muy bien.»

VI

Dice, según he observado,
de Price un ancho cartel:
«El hombre cañón» es el
artista más celebrado.»
Mas del cartel han cambiado
una letra en su impresión,
y, al anunciar la actuación
de un hombre a quien tanto aclaman,
resulta que no le llaman
precisamente «cañón».

VII

Que «se echaba al mar sin ropa»
dije, hablando de Felipa;
y el cajista Juan Garlopa
(que si acierta es por chiripa)
puso que «iba viento en pipa»,
en lugar de «viento en popa».

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

¡MUJER!

BELLEZA, PLACERES,
ILUSIÓN...

SELLO YER

SALUD, ALEGRÍA,
BIENESTAR...

Suprima usted los dolores nerviosos
y sera usted dichosa

SELLO INSTANTANEO YER. PRECIO 40 PESETAS

LOS CONTRACOUPLETS

LA MOCITA TRIANERA

Rosita no era la mocita trianera más bonita del famoso barrio; ella creía que sí, pero no: Carmen, Salud y Soledad eran mucho más guapas. Sin embargo, a fuerza de intrigar la familia, consiguieron que la gente asegurase que Rosita era la mocita trianera más apetitosa.

Ni que decir tiene que Rosita era la alegría de su casa. Su patio resonaba de las canciones que cantaba Rosita.

Sin embargo, hemos de hacer notar que la muchacha, en vez de cantar sentidas coplas del país, prefería pasajes populares de zarzuelas en boga o de operetas conocidas.

Causaba un lamentable efecto el asomarse a aquel patio lleno de ambiente de decoración a obra Quinteriana, y en lugar de oír a Rosita cantar aquello tan sentido de:

Quise cambiarle y no quiso
un pañuelo de lunares
por otro de fondo liso,

se la oía:

Yo soy Frufrú
la reina del foxtrot...

o algo por el estilo.

El Ayuntamiento, celoso de conservar la tradición, le envió un recado atento, rogándole cambiase de repertorio. Y le enviaban para el efecto un folleto con una colección de cantares del país.

Pero el esfuerzo municipal resultó

estéril, ya que Rosita aseguraba que no tenía estilo para cantar flamenco y que encontraba encantador el foxtrot de *La Montería*.

El mal gusto de Rosita produjo indignación en el Ayuntamiento, y resolvieron apelar a los medios más extremos de que disponían para hacer entrar a Rosita en el santo camino de la tradición.

Mandaron, pues, venir a uno de los pintores que tienen contratados para colocar en las callejuelas típicas cuando vienen ingleses y le indicaron la conveniencia de enamorar a Rosita y hacerla volver por el camino normal.

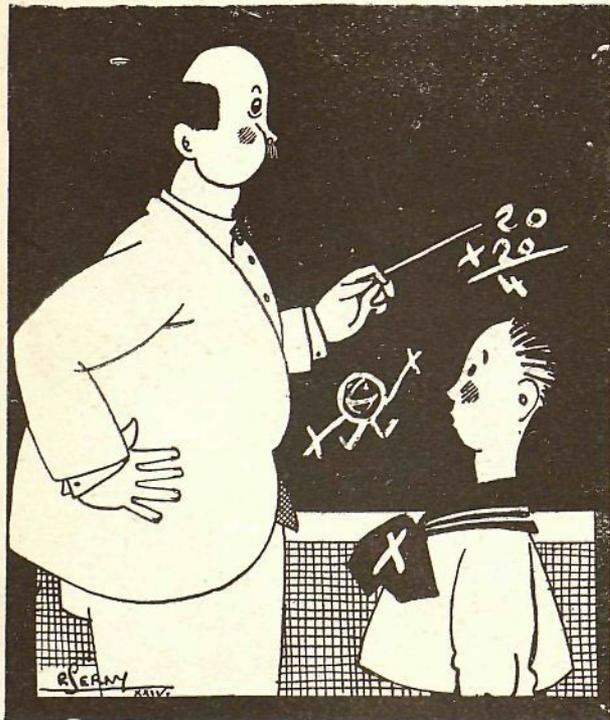
Este fué el origen de las relaciones de la mocita de Triana y el pintor forastero.

Tatándose de un profesional, no es de extrañar que la pasión de Rosita por el amador rayase en la locura.

—Te quiero pintar—con poca ropa—le dijo un día. Y Rosita, tras leve resistencia, se dejó pintar de esa forma.

En el Ayuntamiento acordaron hacer sentir a la muchacha el peso de la tradición, y costearon al pintor un viaje de placer a la corte. Rosita, pues, se fué con el pintor.

No hemos de seguir paso a paso la existencia de la bella trianera por el mundo, y la resumiremos asegurando que fué pródiga en placeres y alegrías. Se divirtió mucho en los estudios,



Dibujo
SERNY
Madrid.

—Pero si suma
40, ¿cómo has
puesto nada más
que un 4?

—Pues porque
mi mamá me ha di-
cho que sea sin-
cero.

asistió a algunas orgías, pero a su gran asombro, en lugar de sentarle mal para su salud y terminar enferma del pecho como tantas otras, su naturaleza resistió gallardamente esa vida, y Rosita se halló cada día con nuevas fuerzas, con mayores energías.

El pintor, terminada su misión, abandonó a la muchacha como es de rigor; pero ésta no sintió demasiada pena, pues con el bullicio de la ciudad, se había enfriado mucho su pasión por él.

Queriendo volver al cabo de algún tiempo a su casa, tomó el tren y se plantó en Sevilla.

La pícara casualidad hizo que ese día fuese el de la Cruz de mayo.

La mocita se asomó al patio de su casa, temerosa del desprecio que suponía iba a producir su persona entre aquellas gentes a las cuales había abandonado por el pintor.

Contempló desde la cancela la Cruz de mayo que habían levantado los suyos, una preciosa Cruz con muchos claveles y muchas luces.

Pero como todos los que estaban allí, una vez terminada la faena de levantar la Cruz, no sabían qué hacer, miraban hacia la puerta en espera de algo que les distrajese. Vieron a Rosita, y la noticia de su regreso corrió por el patio con la mayor rapidez.

Todos salieron a recibirla, y nunca se vió una familia y unos amigos más cordiales.

La asediaban a preguntas sobre su vida, y alguien hubiera podido pensar que la envidiaban por su escapada.

Rosita estaba desconcertada; no podía explicarse esa amabilidad tan opuesta al recibimiento austero y desagradable que, según dicen las canciones, son los de estos casos.

La mocita trianera fué aquella noche la reina de la fiesta y tuvo que hablar de modas a sus amigas, ya que venía de Madrid.

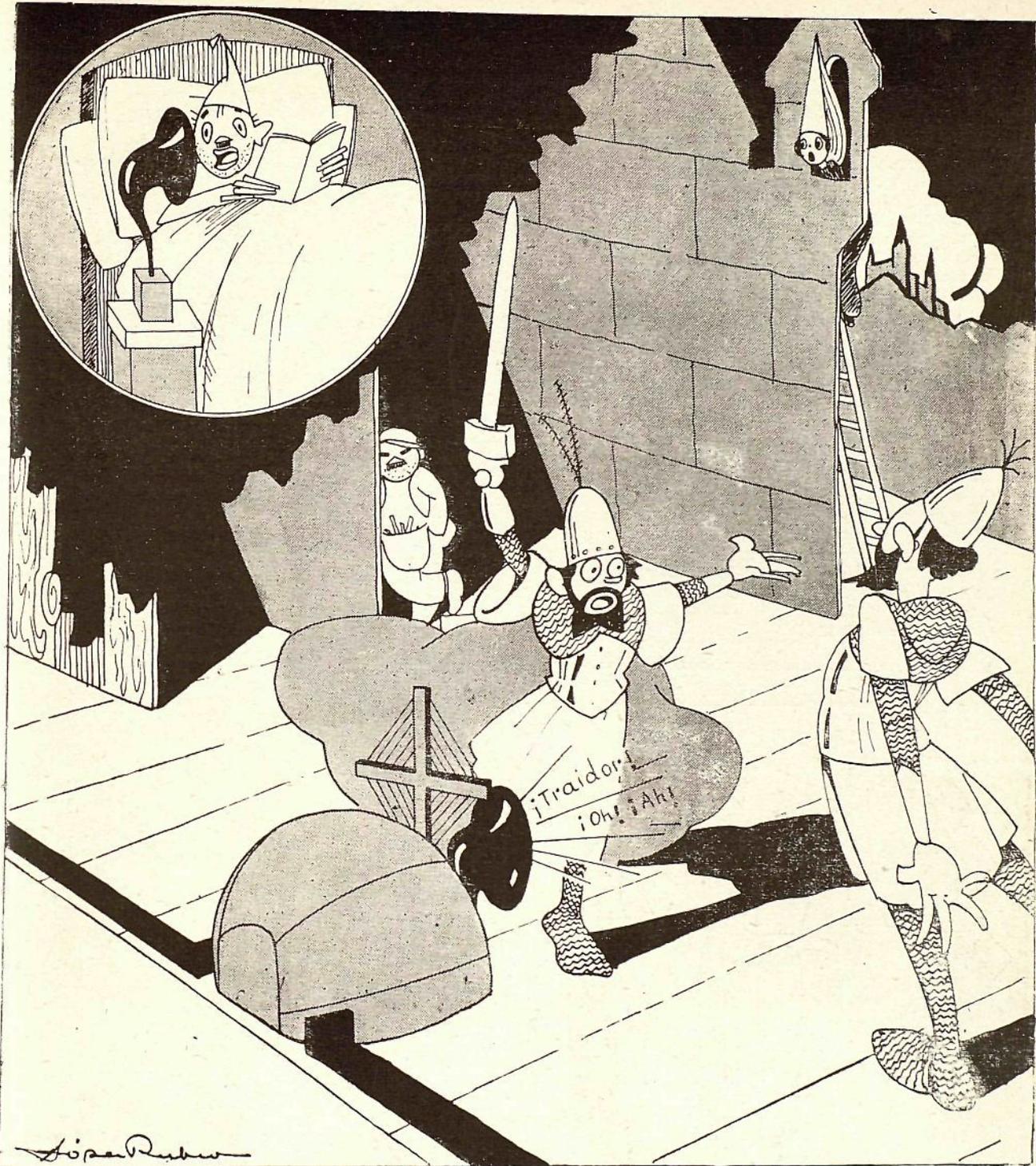
Quando se retiró a descansar a su habitación de niña, creyó llegado el momento del castigo. Temió que de un momento a otro, un rondador, indignado, cantase al pie de su reja alguna copla alusiva a su actuación en Madrid y la conminase a irse de la ciudad. Algo en este estilo:

Rosita de los «calés»,
no vuelvas más por «acá»,
que te voy a despreciar
por perdida y «arrastrá».

Sin embargo, pasó un largo rato sin oírse nada, hasta que el rasgueo de una guitarra lejana anunció una copla. Rosita la escuchó ansiosa, con el corazón dolorido, temiendo la herida que iba a causar en su alma el cantar, y la canción voló a los aires; decía así:

Hay que ver
hay que ver
las cosas que hace un siglo
llevaba la mujer.

EDGAR NEVILLE



Dib. LÓPEZ RUBIO. —Madrid.

Hoy, gracias a la radio, el conflicto de que se ponga enfermo el apuntador está satisfactoriamente resuelto.

A BOCA DE JARRO

EL MARIDO.—¿Qué tienes? ¿En qué piensas?

LA MUJER (*distrada*).—En nada, hombre.

EL MARIDO (*con inquietud*).—¿Pero te figuras que no lo noto? ¿Crees que no veo de continuo tu aire triste y preocupado, tu sequedad conmigo, tu desdén...?

LA MUJER (*con enojo*). ¡Por Dios, hijo! ¡Qué pesado te pones!

EL (*con dulzura*). ¿Lo ves? Me lamenta, me quejo tan sólo y te ofendes y me tratas mal. ¿Qué te he hecho? Habla claro. Dilo de una vez.

ELLA (*reprimiendo su mal humor*). Pero si no tengo nada, ni me has hecho nada... Lo que pasa es que tú eres muy aprensivo, y, además, no te haces cargo de que siempre no puede una estar contenta,

EL.—Bien; pero la tristeza tiene siempre un motivo.

ELLA (*inventando un pretexto*).—Naturalmente; y si yo ahora estaba preocupada, sin darme cuenta, es porque pensaba en la pobre Lucía, que es muy digna de compasión. Si tú le hubieras oído las cosas que me ha dicho de su marido... ¡Cómo la trata! Vamos,

yo no podía figurarme que hubiera hombres tan groseros.

EL.—Te concedo que él sea grosero; pero, ¿y ella, ella, que se casó con él por su dinero, sin quererle ni pizca? ¿Qué concepto te merece? No podrás negarme que su desdicha la tiene bien merecida.

ELLA (*enrojeciendo y con viveza*). ¡Parece mentira que digas eso! Si Lucía se casó es porque la obligaron sus padres, bien lo sabes tú; que, por su gusto, nunca se hubiera casado con ése. Fué una hija obediente, y no creo que merezca censuras, sino todo lo contrario.

EL.—Desengáñate de que no hay fuerza humana que pueda obligar a una mujer a decir que sí cuando quiere decir que no. Otras se han visto distintas veces en igual caso y han resistido a todo.

ELLA.—Sí, chico; pero no todas tienen la misma energía; y, además, ¿sabes tú la fuerza que tiene un padre cuando se empeña en que una se case? Tú, como eres hombre, no puedes comprender esto.

EL (*con inquietud*).—Oye, dime... Si tu padre te hubiera exigido un ma-

trimonio contra tu gusto, ¿le hubieras obedecido? Contesta.

ELLA (*con risa forzada*).—¡Qué cosas tienes! Yo no me he encontrado en ese caso.

EL (*irritado*).—¿Me aseguras que no te has encontrado en ese caso?, dime, ¿me lo juras?

ELLA (*muy turbada*).—¿Pero tú estás loco? ¿Por qué me preguntas eso?

EL (*procurando dominarse*).—Perdóname, pero necesito que me lo jures, júralo antes de nada,

ELLA.—¡Sí; hombre, sí; lo juro!

EL.—¿Que no te obligaron a casarte?

ELLA.—Sí, que no me obligaron.

EL (*con alegría*).—¡Gracias, qué bien me hacen tus palabras! ¡Mira, amor mío, había concebido una sospecha horrible, una sospecha de esas que desgarran el alma para siempre. Si adorándote como te adoro supiera yo que te habías casado conmigo sin amor, por mi fortuna, sería el más desdichado de los hombres.

ELLA (*con mimo*).—Tontuelo... no quiero que pienses esas cosas. Dame un abrazo.

EL (*radiante de alegría*).—¡Qué feliz me haces!

ELLA (*oyendo pasos*).—Suelta, que viene papá.

EL PADRE (*entrando*).—¡Hola!—parece que estáis preocupados—. ¿De qué se trata?

ELLA.—Hablabamos de Lucía, ¿sabes?, y de lo que su marido la hace sufrir.

EL PADRE.—Eso no tiene importancia, son nubecillas de verano.

EL MARIDO.—La culpa la tiene, por lo visto, el padre de Lucía, que la obligó a casarse contra su voluntad. Es una cosa que no debieran hacer jamás los padres, ¿no le parece a usted?

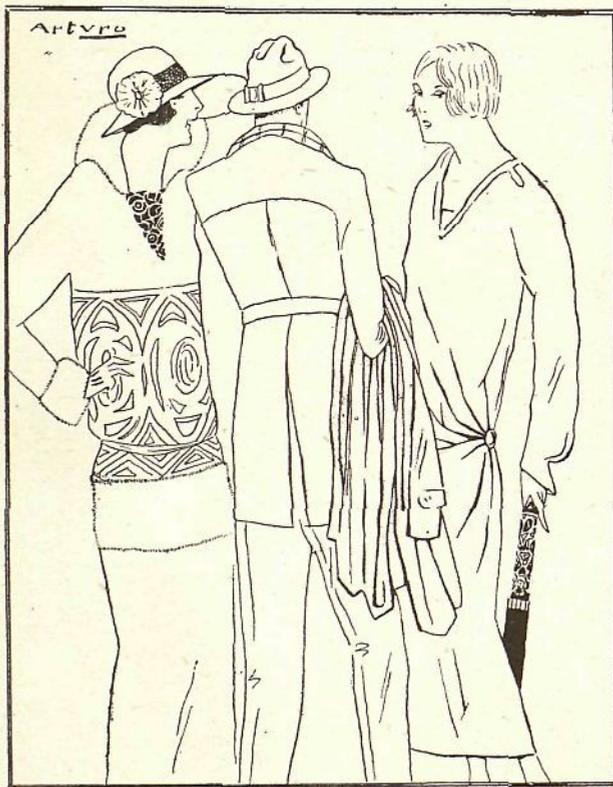
EL PADRE.—Hombre, según y conforme. Nunca me habían hecho esa pregunta, pero ahora que llega el caso, te diré que a mí me parece que los padres saben mejor que las mocuoselas de las hijas cuál es el marido que les conviene; y si llega el caso, el padre debe hacer valer siempre su autoridad y obligar a la niña, que aunque al principio lllore, después, con el tiempo, comprenderá que su padre miraba tan sólo por asegurarle el porvenir y la felicidad.

EL MARIDO.—Bueno, ¿pero y si es desgraciada?

EL PADRE (*con aire triunfante*).—¡Vamos, hombre, qué cosas tienes! Mira un caso, por ejemplo: ésta (*señalando a su hija*) decía dos días antes de vuesa boda, que antes de casarse contigo se mataba y, sin embargo, ya ves, ¿no sois completamente dichosos?

EL MARIDO (*pálido y con voz ahogada por la angustia*).—¡Oh! Sí, completamente.

EDUARDO WANGÜEMERT



Dib. ARTURO ÁVILA.

Madrid.

—¿Y dices que Carlitos debe estarte agradecido?

—Naturalmente: le di calabazas por tonto, y, despechado, se fué al Tercio... y se al.stó.

CASOS Y COSAS DE ESTOS DIAS

COMENTARIOS QUE UN SERVIDOR QUIERE QUE SEAN JOCOSOS

PRÓLOGO

No podrán, aunque quieran, quejarse hoy de mí los lectores. Les doy un prólogo y todo por el mismo precio que los demás días. Bien es verdad que ya saben ellos que, si más tuviera a mi disposición, más les daría, porque yo soy así: tan espléndido y dilapidador como poco genial y novedoso.

Este prólogo no tiene más finalidad que la de justificar los ligeros exabruptos que estoy viendo que me van a brotar de la pluma, sin que yo pueda evitarlo, por hercúleos que sean los esfuerzos que pienso realizar a ver si lo consigo. Esos exabruptos surgirán necesariamente, pues voy a proceder a comentar unas cuantas cosas estupefacientes que he leído en la Prensa, y que han tenido la virtud de soliviantar mi sistema nervioso, perturbar mi cabeza y alterar mi razón. Esto último es lo que más me ha molestado, pues un hombre que no tiene razón es ocioso que pretenda convencer a nadie de lo que dice, a pesar de lo cual yo insisto y persisto en convencerles a ustedes. Sin embargo, espero que en cuanto ustedes lean mis comentarios serán de mi misma opinión, y no pretenderán entablar conmigo discusión alguna, pues, aparte de ser yo un asco discutiendo, no confíen ustedes en que les dé la razón, porque ya acabo de decir ahora mismo que no la tengo, o que tengo muy poca, desde que he leído las noiciones de marras.

De que son para perder la cabeza se van ustedes a convencer *ipso facto*. Es más: son para lanzar gritos estridentes y desafinados, para enarbolar bastones amenazadores, para perder la cabeza y para mesarse los cabellos; es decir, para mesarse los cabellos primero, porque después de perder la cabeza es un poco más difícil mesárselos, por habilidoso que sea el que se los quiera mesar.

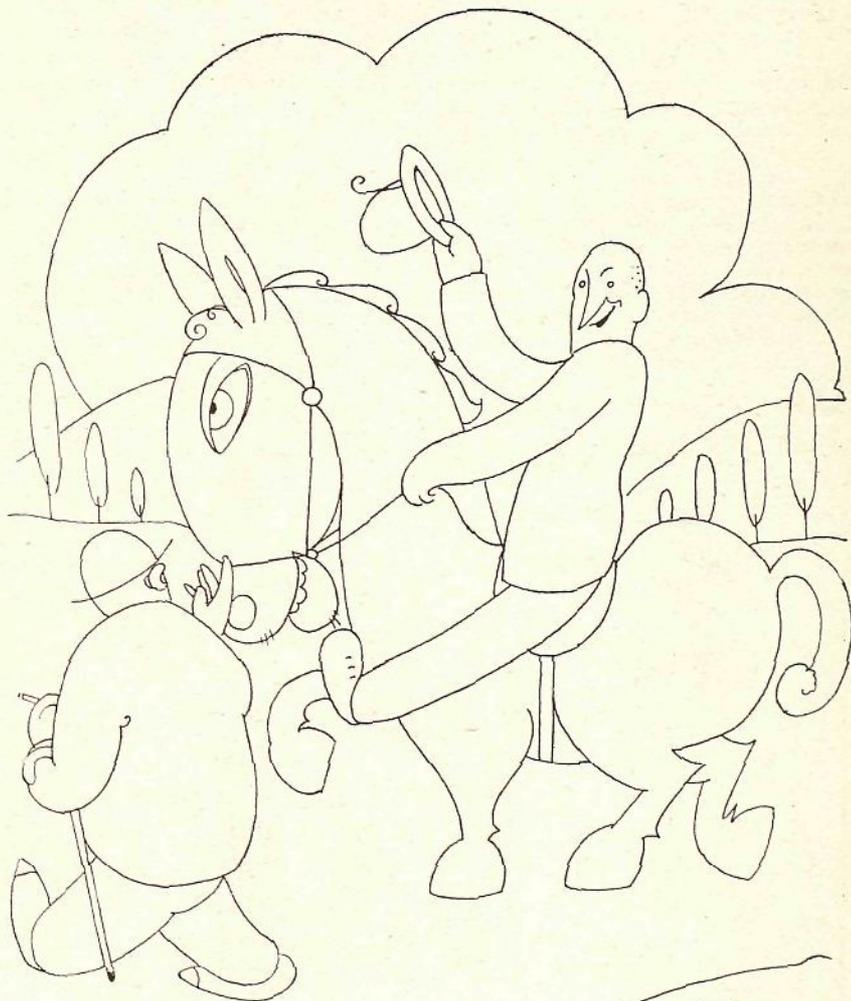
Y allá van mis comentarios. No tienen, jeso no!, tanto mérito como los *comentarios* de mi difunto compañero D. Julio César, pero tienen la ventaja de estar recién hechos y de ser ustedes los que los van a estrenar. Es lo mismo que si les ofreciesen a ustedes uno de los panecillos magníficos que han aparecido en la tumba de Tutankamen, y a su lado una de las libretas indecorosas que hoy se fabrican. Meterían ustedes el diente a la libreta, por la única razón de estar más tierna, aun sabiendo que les iba a sentar peor que los panecillos aquellos le sentaban a Tutankamen. Conste, pues, que no

presumo ni que me roe la envidia. El monarca egipcio se hizo enterrar con los panecillos, rindiéndoles un póstumo homenaje de admiración, y yo ya sé que ninguna lectora de las que más me consideran ordenará en su testamento que la entierren con este artículo.

¡No podría descansar en paz, y yo lo deploraría un disparate!

COMENTARIO PRIMERO

Leo en un periódico serio que un distinguido presbítero de Cuenca ha encontrado inmoral una reproducción de *La maja desnuda*, que figuraba en cierto libro, y ha engomado las páginas correspondientes, para que no pueda verlas ni el sacristán.



GARRÁN
923.

Dib. GARRÁN.—Madrid.

—¡Adiós, don Patricio! Me han dicho que le abandonó su mujer...
—Sí.
—¿Y por eso va usted tan triste?
—No: es que ha vuelto.

Preguntan por ahí ciertos señores que qué es lo que habrá encontrado el pudibundo cura en *La maja* para tomar tan extrema resolución. La pregunta es un tanto inocente. El sacerdote dirá, nos lo estamos figurando, que no ha encontrado nada, pues de haber encontrado siquiera unas enaguas y unas zapaillas de orillo no habría agarrado el tarro de la goma con tanto furor.

Suponemos que este ínclito velador de las desnudeces de Museo no ha visto el cuadro de *Las tres gracias*, porque, de verlo, es de suponer que no se hubiera conformado con pegarle, como al otro, sino que le habría dado un tiro.

Y ahora, en serio: ese señor debe ser amonestado, aunque le moleste, y váyase por las amonestaciones que él hace en las vísperas de las bodas, y que son tan merecidas, ¡lo reconocemos!, como la que pedimos para él.

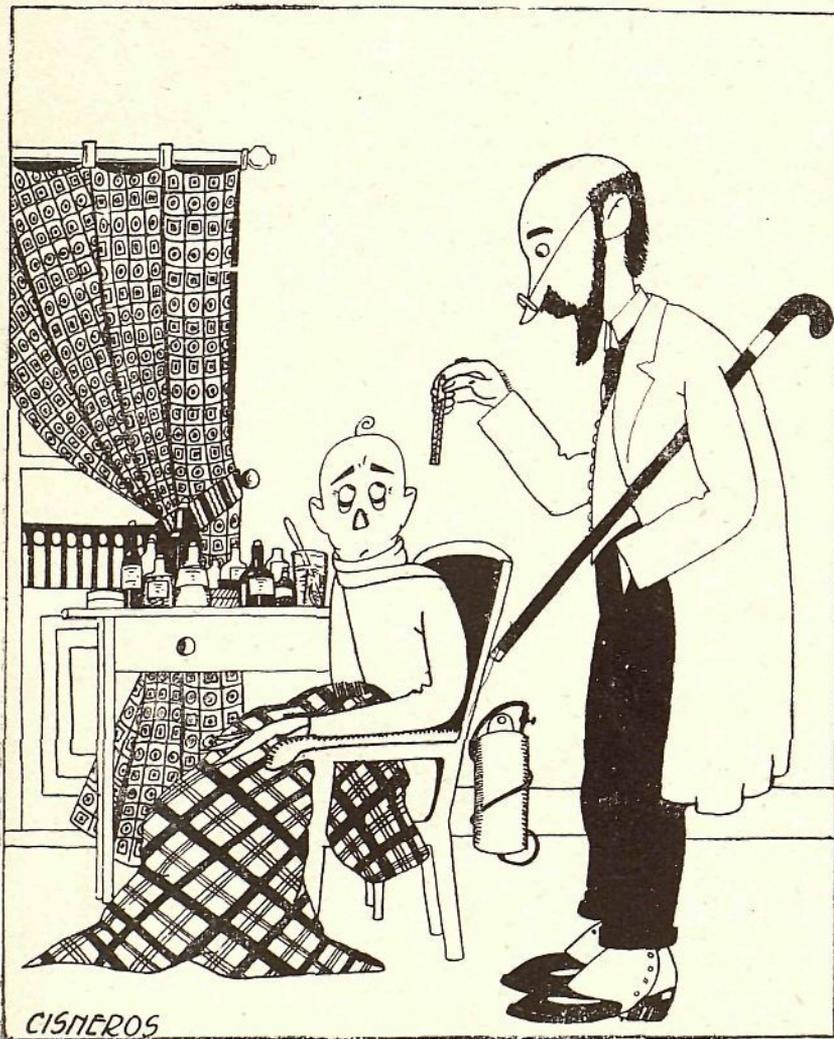
Bueno es que se pegue con goma, y hasta con sindetikon, un cuadro en que apareciese Sánchez de Toca en la actitud de *La maja*, aunque el predominio de la nariz atraería todas las miradas; y santo y buenísimo me parece que si Romanones, Alhucemas y Alba posasen como *Las tres gracias*, no nos hicieran gracia ninguna, ni al sacerdote de Cuenca ni a nosotros ni a nadie.

¡Pero, hombre, pegar con goma a *La maja desnuda*, no pega ni con cola!

Aparte de que un sacerdote no es lo mismo que un novillero de *tronfo*: ¡que cuando viene *pegando* es cuando más nos gusta!

COMENTARIO SEGUNDO

En el mismísimo periódico serio donde hemos leído con espanto el anterior suceso, nos ha sobrecogido un



Dib. CISNEROS—Madrid.

EL DOCTOR (tomando la temperatura).—¡Caramba! ¡39,5!
EL ENFERMO (distráido).—¿De Mayor o de Jordán?

anuncio en el que se dice lo que sigue (omitimos nombres porque no es cosa de insertar aquí gratuitamente los por menores del reclamo en cuestión):

«BORRACHOS. Durante los días tal y tal, del mes cual, se hallará en esta corte, en el hotel Mengáñez, de la calle hache, número equis, el doctor Fulano, de la ciudad de ene. Médico especialista en las enfermedades producidas por el abuso del alcohol. Tratamiento propio para hacer .ue desaparezca el vicio de embriagarse sin que lo note el interesado. Horas de consulta, de diez a seis. Consulta gratis para los pobres, de ocho a nueve.»

Este anuncio, un poco norteamericano, nos ha perplejizado un rato bastante largo. No conocemos tratamiento posible para evitar que un honorable ciudadano agarre una curda en el sitio que la halle. La jamera es un imperativo fatal, a la par que universal. En España se ha apelado a toda clase de tratamientos para hacer que los borrachos, con título profesional, se dediquen a otra cosa y aborrezcan el vino. Se les da malo, y lo beben; se les echa agua, y en vez de añazarse un frasco, se añazan tres; se les sube de precio, y en lugar de pagarlo, se lo adeudan al tabernero; les pegan sus esposas con una estaca con incrustaciones de nácar y cantoneras de plomo, y para olvidar la tragedia conyugal, beben otro poquito.

Se ha dado el caso de prohibir el coqueo a las doce de la noche y de que un empedernido viéscola se haya introducido en una farmacia y haya adquirido una botella de vino de Peptona, con lo cual en vez de quitarle hierro a la borrachera, se le ha añadido.

Resumen: que no hay manera; y ya se convencerá el doctor del anuncio de que no la hay.

Además, hay otro punto incongruente en el reclamo: ¿Cómo se debe ir a la consulta, borracho o fresco?... Creemos que habrá que ir fresco, pues el que vaya borracho no consentirá en pagar al doctor sus honorarios, porque ya es bien sabido que los borrachos le pagan unas copas a cualquiera, pero nada más.

Y no hablemos del peregrino final del anuncio, de la consulta gratis para los pobres.

Esa es seguramente una ironía suave y delicada del eminente facultativo.

Los pobres generalmente no tienen dinero, y sin dinero no hay forma de emborracharse, por lo menos en España. En Jauja (provincia de ídem) tal vez la haya, pero pilla un poco lejos y para los pobres, que han de ir a pie, más todavía.

Creemos, pues, que el final del anuncio, más que nada, es una repetición del mismo, una redundancia que decimos los de Cáceres.

Léase, por tanto, en vez de consulta para los pobres, consulta para los pobres borrachos, o sea una lamentación

del doctor ante las dificultades de su benemérita tarea.

En la cual, me apuesto un quince duplicado de Valdepeñas a que fracasa.

El vino cada día gana más adeptos, y las pruebas son numerosas e irrefutables. En tiempos de Don Juan Tenorio, como ustedes habrán oído hace poco una vez más, decían los juerguistas:

—¡Bebamos antes!

Ahora se dice: ¡Bebamos antes, en y después!

Y además de que se dice, se hace.

Y se hace bien, ¡qué caramba!... ¡Para cuatro indecentes jornadas que va uno a vivir..., a beber!

COMENTARIO TERCERO

Ya sabrán ustedes (porque esto lo han dicho todos los periódicos de Madrid, provincias, extranjero, ultramar y Patagonia) que a la capital de Noruega le van a cambiar el nombre y que desde primero de enero, en lugar de Cristianía, se va a llamar Oslo.

Os lo digo en serio; y ved los aludidos periódicos, los que no los hayáis visto, para que os convenzáis de que no es una inmundicia chuchufleta mía, ¡y perdón por el tuteo, que ha venido impuesto por las circunstancias, y del cual me arrepiento de todo corazón!

Profesto de ese cambio de nombre, como p otesté a su debido tiempo de

que a San Petersburgo le llamasen Petrogrado y ahora le llamen Leningrado, porque de eso a acabar llamándole sinvergüenza el mejor día, no hay más que un paso.

Lo de Oslo es un atropello infame, como lo fué lo de la antigua y vetusta capital de todas las Rusias (de las pocas que quedan), y tan injustificado y criminal como aquél.

¿Qué dirían ustedes, lectores de mi alma, si de pronto les comunicase yo a ustedes que, en vez de llamarme Néstor O. Lope, había resuelto llamarme desde el principio de diciembre Teodoro Sánchez Zabaleta?

Yo no le veo más ventaja que negarme a pagar al casero, diciendo que yo era Teodoro y que le pagase Néstor que es el que había firmado el contrato con él. Y aun para eso, no es necesario cambiar de nombre, pues con ponerme fosco y decirle que le pague Rita, estoy al cabo de la calle.

¿Creen ustedes, por el contrario, que yo no tengo razón y que el cambiar de nombre a las poblaciones es elegante, original y moderno? ¡Pues entonces, procede inmediatamente cambiar los de la mayoría de las ciudades españolas, pero cambiarlos con algo de sínéresis y de sentido gramatical!

Podíamos, por ejemplo, adoptar las siguientes modificaciones:

A Alicante, llamarle Alibaile,

- A Pontevedra, Quítatevedra.
- A Málaga, Buénaga.
- A Zaragoza, Zarasufre.
- A Aranjuez, Aranjiscal.
- A Barcelona, Cafécelona.
- A Ciudad Real, Ciudad Real y medio.
- A Jaén, Jean.
- A Pinto, Barnizo.
- A Jerez, Champagne.
- A Jaca, Motocicleta.
- A Tardienta, Volando.
- A Carcagente, Buenagente.
- A Algemés, Algemeno.
- Y a Pego, No me meto con nadie.

Y así sucesivamente, porque, como verán ustedes, esto es de una facilidad que raya con el vértigo.

Estimo, sin embargo, que ni esto, ni lo de Oslo, ni lo de Leningrado (antes Petrogrado, antes San Petersburgo y antes la muerte), tiene ni dos átomos de sentido común.

Sólo hay en el mundo dos poblaciones que debían llamarse de otra manera, y son Lugo y Valladolid.

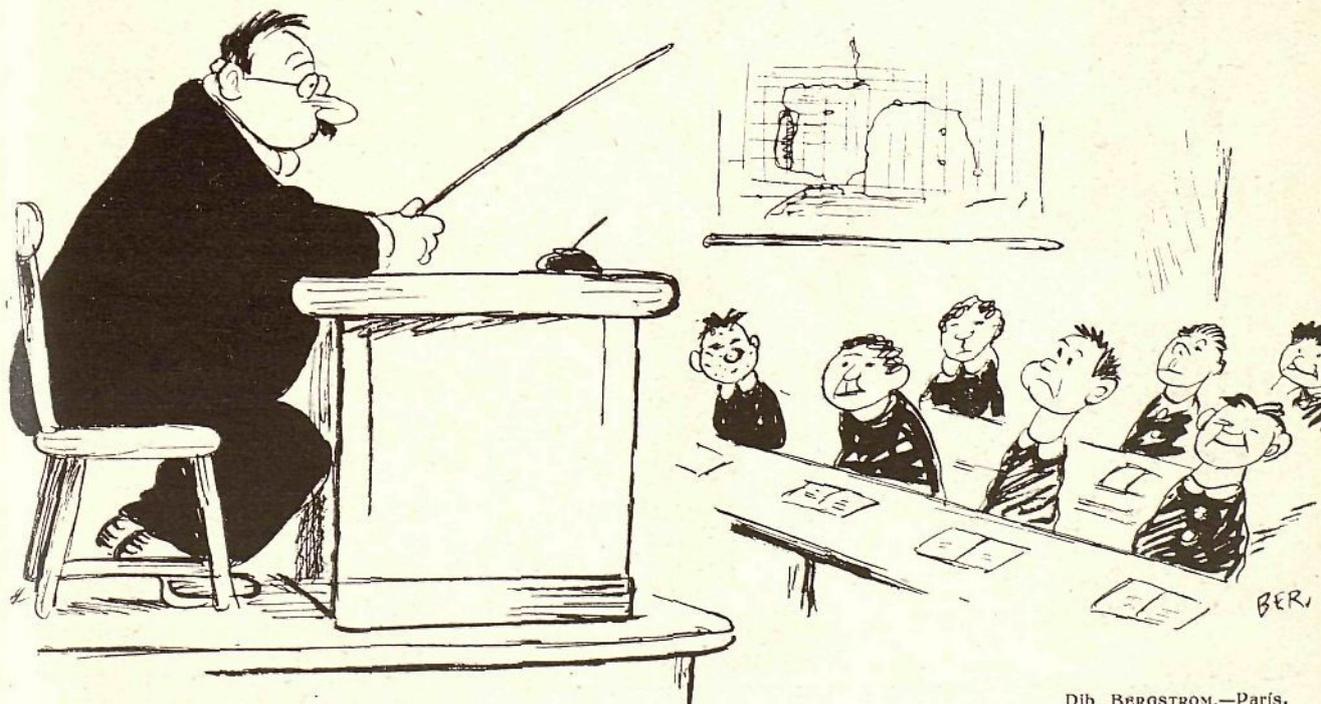
Lugo debía llamarse Luego, ¡pero no luego, sino en seguida!

Y Valladolid, Valladolidem.

Y de paso, si creen ustedes que yo debo llamarme de otro modo, llámenme lo que quieran.

Pero, a ser posible, que yo no lo oiga, porque presumo que va a ser algo feo.

NÉSTOR O. LOPE



Dib. BERGSTRÖM.—París.

—¿Qué es lo que tiene usted en la boca, Ricardito?
 —¡Goma de mascar!
 —¡Tírela en seguida!
 —No puedo, señor profesor: es la de Roberto.

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL HUELGUISTA

POR JEAN KOLB

Estamos, si no les parece mal, en la Audiencia.

EL PRESIDENTE (al secretario del Tribunal).—El pleito siguiente.

EL SECRETARIO (llamando).—Pleito Couche contra Couche. Huelguistas contra patrón... Entren los huelguistas. (Couche entra. Es un obrero aserrador, negligente en su modo de vestir y tiene la catadura de un aficionado a la bebida.)

COUCHE (entrando).—¿Los huelguistas?... ¡Presente!

EL PRESIDENTE.—Que pasen los otros.

EL SECRETARIO.—No hay nadie más.

EL PRESIDENTE.—¿Cómo! ¿No hay nadie? (A Couche.) ¿Dónde están sus compañeros?

COUCHE.—Mis compañeros soy yo.

EL PRESIDENTE.—¿Cómo que es usted?... Le pregunto que dónde están los otros huelguistas.

COUCHE.—Los otros huelguistas soy yo.

EL PRESIDENTE.—No comprendo... En fin, llamad al patrono de este huelguista...

COUCHE.—Mi patrono... ¡soy yo!

EL PRESIDENTE.—¿Todavía?...

COUCHE.—¡Siempre!

EL PRESIDENTE.—¡No comprendo una palabra!

COUCHE.—¡Pues es clarísimo! Mi historia, señor presidente de la Sala 22 de la Audiencia del Sena, será breve: Los obreros aserradores de Pins-sur-Yeule están todos en huelga.

EL PRESIDENTE.—¿Todos?

COUCHE.—¡Todos!

EL PRESIDENTE.—Y ¿dónde están esos todos?

COUCHE.—Todos están aquí. ¡Soy yo! En Pins-sur-Yeule no hay más obrero aserrador que yo.

EL PRESIDENTE.—Explíquese, amigo

mío. ¿Por qué ha puesto usted pleito contra su patrón? ¿Dónde está su patrono?

COUCHE.—¡Aquí!

EL PRESIDENTE.—¿Dónde?

COUCHE.—¡Soy yo!

EL PRESIDENTE.—¿Su patrón es usted?

COUCHE.—Eso mismo. Lo que sucede es que en Pins-sur-Yeule no hay más obrero aserrador que yo... y tampoco hay más patrono aserrador que yo.

EL PRESIDENTE.—Bueno, ¿y qué?

COUCHE.—Fígrese usted que es obrero aserrador en Pins-sur-Yeule y que recibe aviso de sus compañeros de la Confederación anunciando que la huelga general de los obreros aserradores se ha declarado en Francia. En ese caso, usted dirá: Yo soy un obrero aserrador y debo marchar con mis compañeros aserradores. ¿Comprende? Yo no he hecho más que seguir a mis compañeros. Cuando ellos se han sindicado, yo me he sindicado... Cuando ellos se han reunido, yo me he reunido. Cuando ellos han pasado en manifestación por delante de la casa de sus patronos, yo me he paseado por delante de la puerta de mi tienda. Cuando han saqueado los talleres, yo he saqueado mi taller. Cuando se ha gritado a coro: «¡Viva la huelga!», yo he gritado a coro: «¡Viva la huelga!»

EL PRESIDENTE.—¿Rehusa usted volver al trabajo?

COUCHE.—Rehuso. (Canta La Internacional.)

EL PRESIDENTE.—¿Cuándo cederá usted?

COUCHE.—Cuando se me hayan hecho concesiones.

EL PRESIDENTE.—Pues, si es usted el patrono, ¡hágaselas usted!

COUCHE.—¡Jamás!

EL PRESIDENTE.—¿Y va a estar usted mucho tiempo así?

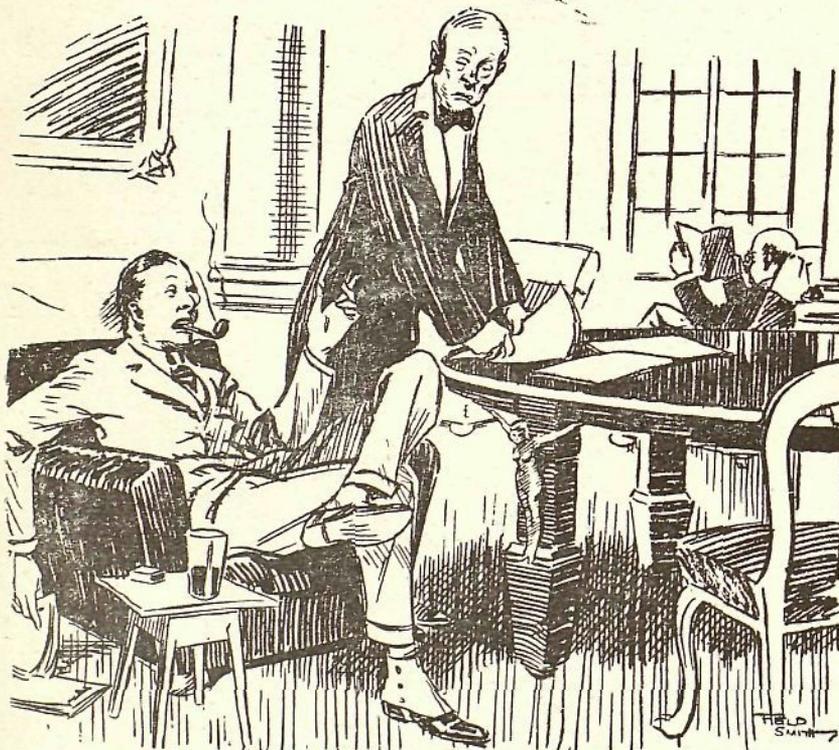
COUCHE.—Dure lo que dure.

EL PRESIDENTE.—Pero, amigo mío, si es usted su patrono y su obrero, puede usted entenderse con gran facilidad.

COUCHE.—Sí, como obrero puedo conseguirme aumentos; pero como patrono, me niego en absoluto. No puedo aceptar imposiciones.

EL PRESIDENTE.—Entonces, ¿qué va usted a hacer?

COUCHE.—¡Muy sencillo! Como patrono, voy a tomar un obrero esquirol para que me haga el trabajo, y, como obrero, le esperaré a la salida del trabajo ¡y le romperé la cabeza!



—Camarero, diga usted a ese señor que le llaman por teléfono.

—No me había enterado.

—No, si no le llaman; es que quiero coger el periódico que está leyendo.

(De The Humorist, Londres.)

A. R. H.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
APARTADO 12.142
MADRID

G. M. A. Madrid.
¿Hablar aquí bien de Ossorio? Está usted, por fuerza loco. ¡Mándaralo el Directorio y no se haría tampoco! ¡Ya ve usted si estamos heroicamente decididos a no hablar!

VINOS DE LA COLONIA DE SAN JOSE
Fuencarral, 94 duplicado
Teléfono J. 718

A. M. Melilla.—Muchísimas gracias en nombre de Zúñiga, Gómez de la Serna, Ernesto Polo, Néstor O. Lope, Plañol y Jardiel. ¡Y perdón usted que no publicaremos sus versos, a pesar de sus alabanzas! ¡Sería pagar el favor que usted nos hace, poniéndole en ridículo! ¡Y eso, nunca! ¡Por lo menos, mientras vivamos!

Hijo de P. Cabello
Objetos de escritorio, papelería y bisutería. 5 por 100 de descuento presentando este anuncio.
Plaza del Angel, 1

Isósceles Escaleno. Valencia.
Es mejor que lo anterior, más todavía es peor. Hágalo un poco mejor y le juro por mi honor que le haremos el favor de insertarlo. ¡Sí, señor!

FAJAS DE GOMA
Sostenes IDEAL
PRESA Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00.

M. S. del P. Sevilla.
«Hera Gabriel el gitano...»
¡Así empieza usted su artículo! ¿Lo ha escrito usted con la mano o fué con otro administrado?
García. San Sebastián.—¡No sea usted tan súpito, egregio amigo! Aquí se le quiere bien! ¡Ya lo irá usted viendo con el tiempo, si tiene usted paciencia y no nos mata de un disgusto, escribiendo epístolas como la que estamos lamentando en este instante!... ¡Mire usted que sofocarse en San Sebastián! ¡Pues le va usted a hacer el primer reclamo a esa animada playa!

C. V. V. Madrid.—Homero dormía de vez en cuando y usted, por plagiarle, está usted roque hace ya demasiados días. ¿No quiere usted hacer el favor de despertarse? Porque si nos sigue enviando versos como los últimos, vamos a acabar nosotros roncando también, lo cual nos irrogaría un hondo perjuicio, porque tenemos mucho que hacer.

“Valdezarza” El mejor purgante
Presentando este anuncio en Arenal, 26, se regalará una botella pagando solamente el casco. Felipe Santos.

F. A. Madrid.—Juramento de amor es más triste que un puntapié en la rabadilla.
Leandro Reyes Santa-Faz.—Quedan aceptados sus versos de la historia de la vida y boda y muerte de Blas. ¡Está usted en un plan de suerte que atortola y empavorece, formidable amigo!

AMADOR
FOTÓGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

C. G. G. San Sebastián.—Su estentóreo artículo, titulado ¡Yo, el nuevo dictador!, tiene menos gracia que En el seno de la muerte, obra de D. José Echegaray que no ha hecho reír a nadie todavía, a pesar de que algunos alucinados que la interpretan hacen locuras para que uno se carcajee espantosamente.

Lea usted “Vida Madrileña”
Anuncio en
Oficinas: Fuencarral, 166
Director: DOZ DE LA ROSA

F. E. de la H. Málaga.
No publicamos refritos, aunque sean muy bonitos. Y además, esto de usted es un poquito fané.

y nos hace llorar de gozo, pero no hasta el extremo de publicarla verisitos tan flojetos como los que usted nos envía. Galantería obliga, pero la rogamos que no nos obligue usted. ¡Y le quedaremos muy obligados!

Domingo Alegre que aprovecharemos un par de chistes de los últimos que envió para añadirlos a los anteriormente aceptados. Y, en serio: no se moleste en cambiar de nombre ni de casaca. Lo que creemos que vale, se acepta sin reser-

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial LOGROÑO

R. R. R. Murcia.—El bombo que usted atiza a nuestros dos preciadísimos colaboradores es de tal magnitud que si lo publicásemos parecería que nos queríamos dar un pisto de lo más manchego que se fabrica. Lo más que podemos hacer es, en vez de tirarlo al cesto, ponerlo en un marco y leerlo todos los días de cinco a seis. ¿Qué le parece a usted?

vas, y lo que no vale, aunque lo firme D. Antonio Maura, El Gallo o Santa Genoveva, va al cesto derecho.

P. I. V. Badalona.—La industriosa y fértil Badalona tiene en su historia un honor y un baldón. El honor es el haber sido la cuna del anís del mono. ¡Y el baldón, el haber dado al mundo un literato tan etíope como usted!

LIBROS DE RISA
LUIS ESTESO
recomienda a ustedes que lean sus libros últimos, si quieren pasar horas deliciosas de grato placer.

Chistes míos y de ustedes.	2,00
Teatro fácil (16 comedias).	2,00
Cincuenta monólogos.....	2,00
Novelas y Monólogos escogidos.....	5,00
Chistes y cuplés (70 cosas)	2,00
La sala del crimen (novela).....	2,00
Animales caseros.....	1,00
La Vanagloria (novela)....	3,00
300 chistes nuevos.....	1,00
Diálogos y entremeses....	1,50
Conferencias, monólogos, parodias y humorismo..	2,00
Para que rían las mujeres, y El campo y sus hombres.....	1,00

Pts.
Pedidos: LUIS SANTOS
Carretas, 9.—Madrid
Envíos contra reembolso

SASTRERÍA LORITE
Corredera Alta, 19
Gabanés y trajes desde 75 pesetas. 10 por 100 de descuento presentando este anuncio.

Canuto III. Madrid.
Tiene usted, mi buen Canuto, detalles de ser muy bruto.
Conde Nado. Segorbe.—¡Sí, señor! ¡Conde Nado al cesto, por sucio y por asaurá!
Hampón cumbre. Madrid.
Ni sus versos ni su prosa valen maldita la cosa.

No le des vueltas, Bartolo, si quieres enamorar, has de usar Licor del Polo de Orive para agradar.

D. F. C. Barcelona.—Es unas mijajas insignificantillo su artículo, aunque de todas maneras se ve que no es usted un demente ni mucho menos. Los dibujos de su señor hermano son graciosos y es sensible que tengan que quedarse inéditos por constituir parte del asunto de su trabajo. ¿Por qué no prueban ustedes fortuna, cada uno con lo suyo?
J. V. A. Sevilla.
Su fábula sentenciosa ha ido al cesto presurosa.

A. S. F. Madrid.—Del artículo de su primo, suprima usted lo de la murga, que es gracioso, y queda una murga, ya no tan graciosa. De sus dibujos, que lo ilustran algo deficientemente, suprímalos usted todos, y así no queda nada y es mejor.

Crema Polar
Boca sana -:- Dientes blancos.
Aliento perfumado.
CORTES, HERMANOS.—BARCELONA

La Gitanilla.—Encantadora joven: a nosotros una muchacha que tiene en la cabeza algo más que una melena a lo pajecillo, nos conmueve

Casto Castizo.—No nos ha gustado ni un pimientito lo de Holgazanitis aguda. Pero diga usted a su íntimo amigo y seguro servidor

Luis de Palma. Madrid.—Su cuento vale un pito, amigo Palma. Aullo.—No vale ni dos marcos papel.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.» Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

ELLA (cantando ante el piano).—Si vous l'aviez compris, mon secret!...

EL PROFESOR (ingenuo).—Pronuncie usted más claro, porque aunque la oiga alguien que sepa italiano, no la entiende.

Bartuco.—La Coruña

—¡Nemesio! ¿Qué tal día hace?
—¡Señor: güeno, güeno..., lo que se dice güeno, güeno... no está; pero está güeno!

Naropey.—San Sebastián.

—¿En qué planeta no se puede navegar ni contraer matrimonio?
—En Marte. Porque en Marte, ni te cases ni te embarques.

Guayabo.—Pozuelo de Alarcón.

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA.—CARRETAS, 7
Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

En la fotografía.
EL FOTÓGRAFO (a un paleta que llega a retratarse).—¿Cómo quiere usted que hagamos el retrato?

EL PALETO.—¡Con el sombrero puesto y de espaldas!

EL FOTÓGRAFO.—¡Pero, hombre! ¡Así no le van a conocer a usted!

EL PALETO.—¡No se apure usted, que yo volveré la cabeza de cuando en cuando!

Saladilla.—Albacete.

Bodegas de los CEAS

Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-59

Entre carpinteros.
Uno.—¡Las mujeres son cada vez más presumidas! ¡La mía se empeña en gastar sombrero!
Otro.—¿Pues y la mía, que quiere hacerse un vestido de cola?

Miss Eva Hill.—Madrid.

—¿Cuál es el colmo de un gallo?
—La cresta.

Vicente Sanz.—Ribadeo.

—Ponme un ejemplo de lo que es un accidente y lo que es una desgracia.

—Muy sencillo: si mi suegra se cae a un pozo, es un accidente; pero si no se ahoga, es una desgracia.

C. Porrillo.—Madrid,

En la Audiencia.

El juez (al querellante).—¿A dónde fué el acusado con el cerdo que le robó a usted?

EL QUERELLANTE.—A su casa, distante de la mía seis leguas.



MEDEL
GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

El colmo de una orquesta.
Dar un concierto con las piezas de un bacalao.

Arromiz.

UN GUARDIA (a una doméstica que va por la calle con una vela torcida a causa del calor).—¡Tiene usted dos pesetas de multa!

LA DOMÉSTICA (estupefacta).—¿Por qué?

EL GUARDIA.—¡Por no llevar la cera derecha!

K. Lo.



HERNIAS
Bragueros científicamente
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

EL ACUSADO (interrumpiendo).
¡Pero, señor, juez, si fué sólo una broma!

EL JUEZ.—¡Silencio! ¡Queda usted condenado a seis meses de prisión por haber llevado la broma tan lejos!

Carlos Nival.—Granada.

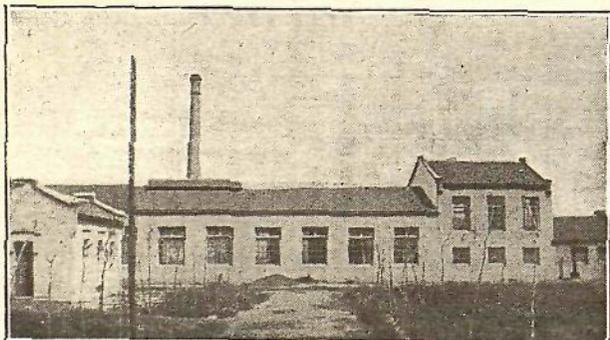
El que nos mande hacer versos, nos molesta y nos cobibe; mas los hacemos no si son de Jarabe Orive.

—¿En qué se parecen la harina lacteada, un mantón de Manila, el tabaco, un timón y el sublimado?

—En que la harina lacteada es para las papas, el mantón de Manila para las Pepas, el tabaco para las pipas, el timón para las popas y el sublimado para las pupas.

Matilde Hompart.—Madrid.

LA PAQUITA NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO



BALBINO CERRADA

41, Antonio López, 41

Teléfono 23-33 M.

(A cinco minutos del Puente de Toledo)

MADRID

Se fabrica toda clase de papeles de edición, satinados finos, dibujos, escribir, etc.

ALMACEN:

Plaza del Matute, 6

Tel. 50-05 M.

CASA JIMÉNEZ

Primera casa en

OBJETOS PARA REGALOS

Aparatos fotográficos.
Cinematografía.

Preciados, 58 y 60.

—¿Adónde se va, don Robustiano?

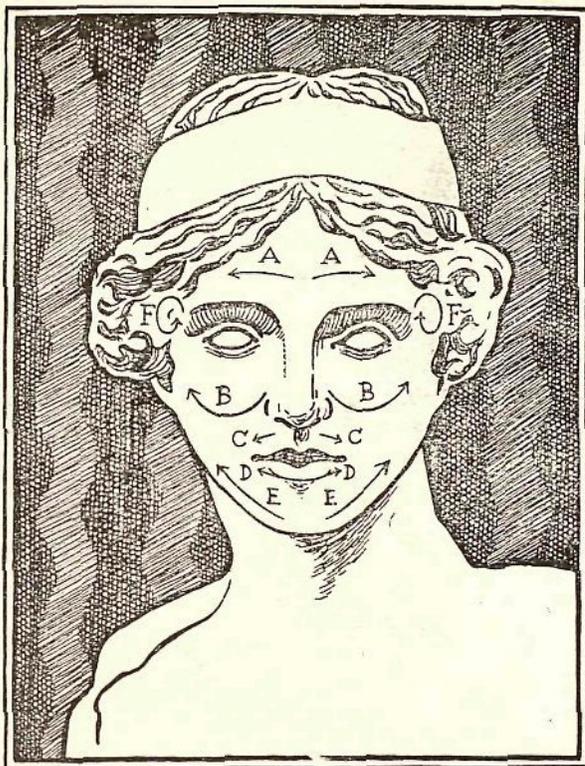
—Vengo a ver si veo a don Gurmésindo de la Muela, el abogado.

—En la Audiencia lo tiene usted, en un juicio.

—¿Y sabe usted si tardará mucho en salir la Muela del juicio?

Marín.—Dueñas.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. = MAYOR, 1
MADRID



EL.—¿No ves allí? Parece una mujer en brazos de un hombre.
ELLA.—¿Será una ahogada?
EL.—No: probablemente una desahogada.

Dib. ALPHA.—Melilla.